

LA UNIÓN

SEMENARIO INDEPENDIENTE

JACA: Una peseta trimestre. Resto de España 5 pesetas año. Extranjero 7'50 pesetas año.

AÑO XXI

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Calle Mayor, 32

JACA 9 de Octubre de 1927

FRANQUEO
CONCERTADO

Toda la correspondencia a
nuestro Administrador

NÚM. 1.100

Nuestro tributo

LA UNIÓN, humilde semanario jacetano que siempre sintió vibrar, como si fueran suyos, los latidos de amor de sus hermanos, hoy quiere hacer ostentación de esas vibraciones, de esos quererres, de esas espiritualidades que, si dormidas parecieron por más de un lustro hoy se ostentarán acariciantes para ofrendarlas, como un recuerdo piadoso y a la vez como un honor y una plegaria, ante el exgelso nombre de un jaqués inmortal, hermano, por la cuna, hermano en el afecto, de nuestra estirpe mantañesa, de nuestra raza brava, noble, virtuosa y fuerte, cumplidora de su deber, hasta el más alto sacrificio; más diremos hasta los incopiables heroísmos.

Por ser hijo de nuestros históricos abo lengos, D. José María Campoy Irigoyen, supo ser, como fué; sacerdote ejemplarísimo, soldado preclaro, gloria de la Patria, prez de esta tierra, honor de Jaca.

Por eso, hoy que su patria chica quiere recordarlo, inmortalizando su nombre que, unido va a unas gestas que solo saben escribir las almas cumbres, LA UNIÓN portavoz de los quererres jacetanos que si se slenten, muchas veces no se expresan con el calor con que son acariciados en los pechos de esta tierra, se viste de gala y se llena de alborozo; de gala, porque es fiesta y es día de gloria para un jaqués ya glorioso; y de alborozo, porque llegó la hora de hacer honor y de hacer justicia.

Humildes somos, y nuestra voz es pobre pero es cariño. LA UNIÓN acogió en sus columnas, amorosa, el ruego de Jaca, la súplica de amigos y compañeros, para corresponder de algún modo a los afectos que en esta casa tuvo y tiene el amigo querido, el amigo del alma.

Y sobre todo, porque en la grandeza verdadera de los pueblos, si influyen, es cierto, las ayudas materiales, más la encumbran las glorias espirituales que almas predilectas, corazonas de héroes saben ganar, más que para sí mismos, para su patria madre, para su patria cuna.

Y esa es la gloria que, con su vida joven, al ser inmollada, como ofrenda cordial, labró para los siglos y para Jaca, el héroe de España, el hijo nobilísimo de esta tierra, D. José María Campoy Irigoyen.

LA UNIÓN se asocia con todo su júbilo al homenaje de cariño, de admiración y de justicia, de su pueblo, de los amigos y compañeros, y en este día de perdurable recuerdo, consagra su plegaria más sentida, por aquel soldado de Cristo, que supo perpetuar con sus hazañas y virtudes el amor a la Cruz y el amor a la Patria.

Loor a ti amigo bueno ! Bendito seas!

LA REDACCIÓN



† Don José María Campoy Irigoyen

A LA MEMORIA DE UN HEROE

La Patria, Madre querida que llora la pérdida de sus hijos en el campo de batalla, recoge alegre y triunfalmente pasea los restos del héroe que, sucumbiendo en la guerra, nace a la vida de la fama, acrecienta, con su ejemplo, el valor de los que luchan y siembra con su sangre el germen de la victoria. Sublime es la presencia del guerrero que, desafiando el peligro, ocupa impertérrito el puesto que le corresponde, aunque lo vea erizado de mortíferos y certeros proyectiles; sublime es la actitud del abnegado que anima, con elevados ideales cristianos, a los combatientes, y pensando en Dios, restaña las heridas del que cae, pero sobre todo es sublime su acción, si al mismo tiempo, entre lamentos de víctimas expirantes, acude al alma del pecador moribundo y derrama sobre ella los consuelos de la fe, el bálsamo del perdón y de salud eterna. Estas grandezas, cuando llega la muerte, ponen sobre las sienas del héroe, ya sudorosas y destituidas del calor vital, una triple corona de amor al prójimo, amor a la Patria y amor a Dios.

!Pueblo de Jaca! Cuando el benemérito Capellán de nuestro Ejército D. José María Campoy Irigoyen, salió de tu regazo, cuando marchó a la guerra, entregaste a la Patria un hijo y la Patria aho-

ra te devuelve un héroe ceñido con aquella triple corona. Regocíjate, canta sus glorias que son las del buen ciudadano, del intrépido soldado, del virtuoso sacerdote de Cristo que ha muerto en el cumplimiento heroico de su deber, escribiendo en Monte-Arruit una página que te honra sobremanera. Justo es que perpetúes en tus mármoles su nombre para que luego repita la posteridad. !Gloria al héroe jacetano! Honor a su memoria! !Sea en la paz sempiterna!

† JUAN, OBISPO DE JACA

Los héroes y los mártires, al dar su sangre por sus hermanos, sembraron y siembran cosecha tan abundante y hermosa que llena la historia de todos los pueblos de una manera grande y magnífica.

De esos sembradores de heroicidad, grandeza y virtudes fué el Capellán del Ejército, D. José María Campoy Irigoyen que, al dar noblemente su vida en servicio de sus semejantes, de los que fueron sus compañeros y hermanos, sembró heroicidad y altruismo para seguir cosechando la Humanidad amor sin límites y bravura inmensa.

Jaca, la bella y valiente Ciudad, puede estar orgullosa de haber tenido tal hijo, hermoso ejemplo de su recia y brava raza

FERNANDO DE URUELA
General Gobernador de la Plaza

Ofrenda de honor

Honar y enaltecer a los héroes y a los dignos, es deber de todo pueblo que se precie de justiciero.

Jaca, queriendo ser justa y digna, va a honrar públicamente, concediéndole el nombre de una de sus calles, al benemérito Capellán del Ejército, D. José María Campoy Irigoyen (q. e. p. d.). Es un tributo en el que se surcarán todos los afectos jaqueses y todas las admiraciones sentidas por aquel bravo soldado, virtuosísimo sacerdote y héroe reconocido que escribió, con su vida, una gesta de oro y una página de santo.

Como Alcalde de esta Ciudad y amigo de aquel eximio sacerdote y jaqués, celebro este homenaje de su pueblo y lo considero como una manifestación de espiritualidad y como una exteriorización en el reconocimiento público de los verdaderos valores.

D. José María Campoy Irigoyen, encumbrió con sus actos, a la Ciudad gloriosa y la Ciudad quiere testimoniar, perpetuando el recuerdo del hijo bueno, su gratitud y sus admiraciones de madre.

Sintiéndolo así, los que, representando al pueblo, tomamos parte en la deliberación al estudiar los hechos gloriosos de aquel héroe, interpretando el sentir general y obedeciendo a imperativos sagrados de justicia y de honor, en nombre de Jaca, tuvimos la satisfacción de firmar unánimes, aquel acuerdo de honrar al hijo que la enalteció y al paisano ilustre que ganó un puesto de gloria, con su vida inmollada ante el deber, como solo saben inmollarla y ofrecerla los más buenos.

Por fuerza había de ser de nuestra estirpe y nacer jaqués, D. José María Campoy Irigoyen. Que es nuestra tierra cuna de héroes, levadura de santos.

Jaca se enorgullece de estos hijos y este su orgullo nobilísimo hoy lo quiere manifestar, honrando el nombre de D. José María Campoy y honrándose al propio tiempo a sí misma.

Que este tributo, por ser de estricta justicia, es también ofrenda de honor y obsequio de ganados cariños.

FRANCISCO GARCÍA
Alcalde de Jaca

In Memoriam

Dura fué la jornada. La sangre generosa de los valientes corrió a torrentes en los campos africanos, merced a traidora insidia, y el huracán del bárbaro fanatismo marroquí tronchó en flor, allá en Monte-Arruit, las ilusiones doradas de la hispánica juventud, agena a la asechanza y ganosa de lauros para su Patria.

Las hordas salvajes, cual arrollador torrente, lo avasallaron todo y ebrias de sangre cristiana, sedientas de matanza, trocaron en inmenso cementerio aquellos inhóspitos campos, en donde quedaron escritas con letras de fuego las tristes efemérides que pesan sobre el corazón hispano, como bloques inmensos de plomo, demandando venganza.

Allí cayó el héroe. En aquel altar que levantara rápido el patriotismo para ofrendar a España el abnegado sacrificio de sus valientes hijos, vertió, en supremo holocausto, su sangre de apóstol y de mártir el esforzado compañero nuestro, José María Campoy Irigoyen, y al depositarse en la hora suprema de la muerte con su segunda madre, la Patria, selló con diadema de inmortalidad, las glorias del Cuerpo Eclesiástico del Ejército.

Alma de gigante en cuerpo de niño, brote espléndido del Castrense Clero, ese tronco secular del Ejército que a la sombra de sus frondosas ramas supo cobijar su fé y arraigadas creencias de las Armadas Instituciones, rememoró Campoy la rancia estirpe de aquellos gloriosos antepasados suyos que lucharon en la puerta del Carmen y en el reducto del Pilar, y al afrontar, sereno, los zarpazos de la muerte, cayó con la arenga en los labios y la fé en el alma para gloria de su Patria y orgullo del abnegado Cuerpo de Capellanes.

Soldado de España y Apóstol de la fé, sobre su tumba campeará siempre la doble corona del martirio, abriantada por el sublime ejemplo, por el glorioso heroísmo de aquellos compañeros suyos, que en vida se llamaron Matellán, Bengoa, Palacios, Aznar, Vidal y otros, quienes, al compartir con Campoy los jirones de gloria de aquella trágica jornada, orlaron con nimbos inmortales la frente del veterano Cuerpo de Capellanes.

Si la Iglesia, fuente de verdad y poesía, pudo cantar, en elegiacos himnos, toda la gloria de aquella primera culpa, por haber merecido el sacrificio de un Redentor infinito, bien puede el Clero del Ejército parodiar en estos momentos la grandeza de tan inspirada estrofa, por que el holocausto cruento de sus hijos, inmolados en el altar de la Patria, al acrecentar el tesoro de sus radiantes fastos, es y será siempre para la grey castrense su mejor y más preciado timbre de gloria.

¡Llor eterno a los mártires de la fé y de la Patria!

JOSÉ ALONSO Y ALONSO

TENIENTE VICARIO
General Castrense de la 5.ª región.

Alumno modelo

Esto fué José María Campoy en los dos dos años que lo tuve en mi clase de Teología Moral.

Yo no recuerdo haberle hecho la menor advertencia en lo que se refiere a su conducta escolar ni en la explicación de sus lecciones.

Con la gravedad de un hombre maduro, puntual en la clase, atento siempre a las enseñanzas de su maestro, modesto y humilde, ganóse el respeto y el cariño de sus compañeros y mi predilección.

José María Campoy con un talento claro, con su palabra fácil y segura, con su aplicación invariable, con su porte ejem-

plar, fué orgullo y honra del Seminario de Jaca, y fácilmente podía augurarse para él una carrera fecunda y un porvenir brillantísimo.

Lo que no era fácil predecir su fin próximo trágico y glorioso, aunque pertenecía, como lo demostraron los hechos, a la raza de los héroes. Ni era fácil prever del que con tanto honor ingresó en el Clero Castrense, que había de borrarse tan pronto su nombre del escalafón militar para inscribirlo en el escalafón de la Gloria.

DOMINGO TORRES

Canónigo Maestrescuela de Jaca.

MI HOMENAJE

No quiero que a los numerosos testimonios de admiración tributados al que fué mi amigo, Don José María Campoy, falte el mío, humildísimo.

Tuve el honor de conocerle en Jaca, y fuimos buenos amigos. Admiré en él al hombre de gran corazón y de atractivo irresistible por su bondad y por su sólida y muy extensa cultura.

Hoy, después que su muerte gloriosa, en el cumplimiento de su sagrado ministerio, en el fatídico Monte-Arruit, lo ha levantado a la envidiable cumbre donde viven los que han muerto por la Religión y por la Patria, lo considero como un santo.

Hace bien Jaca en honrarse, honrando a un hijo suyo, de quien recibe gloria inmarcesible.

ESTANISLAO TRICAS

Canónigo Penitenciario de Huesca.

Vida Sacerdotal de D. José Campoy Irigoyen

El recuerdo de la vida ejemplar de nuestro capellán segundo D. José Campoy se halla vivo en la memoria de todos sus compañeros, de sus feligreses, y sobre todo de aquellos con quienes compartiera las penalidades de los días infaustos de la caída de la Comandancia de Melilla: vida militar muy corta; pero durante ella, con toda propiedad se ha de decir que «explevit tempora multa». Desde su ingreso en el Cuerpo Eclesiástico del Ejército (2 de junio de 1917) hasta el momento trágico de su muerte en la evacuación de Monte-Arruit (9 de agosto de 1921), solo cuatro años de apostolado sacerdotal han desgranado sus días; días repletos de abundosa ejemplaridad sacerdotal «quae vixit ex abundantia fidei et charitatis», como el justo de que habla el Libro de la Sabiduría.

Había dicho San Pablo a los Corintios: «Y yo de muy buen grado daré lo mío y me daré a mí mismo»; y esta frase compendia la vida ejemplar de nuestro Capellán. Por la ordenación se dió a la Iglesia, y al servicio de su sacerdocio ofrendó todo lo que tenía: la juventud florida abierta a todas las ilusiones, los afectos familiares que tuvo que violentar, el bienestar y la tranquilidad diocesana, su salud corporal, y por último la misma sangre de sus venas y el último hálito de su vida en flor.

Su hoja de servicios permanecerá en los archivos del Vicariato General Castrense, como un perenne testimonio de espléndida liberalidad sacerdotal, consumada con el doloroso martirio.

La vida militar de D. José Campoy fué ruda en extremo. No parece sino que Dios, en sus inescrutables designios,

quisiera preparar, con un diuturno y doloroso laborio, aquella vida jóven y animosa, para la corona ensangrentada del heroísmo. Apenas incorporado a su primer destino—el Regimiento de Infantería de San Fernando—inició el ministerio sacerdotal entre las tropas, a que le llamara la vocación decidida de Dios nuestro Señor, incorporándose a las columnas volantes de Kanduchi, Kaddur y Monte Arruit. Muy pronto tuvo el valor acreditado; en las tomas de Sidi Yaquet Tisi-Nidar, desafiando a la muerte, se le vió en los sitios de más peligro, llevando las palabras de consuelo y la paz de Dios a los que caían, bajo la metralla enemiga, llevando grabada en su frente la *Thau* misteriosa del sacerdote pacífico, levantaba serenamente la mano para absolver al moribundo. La difícil vida de campaña va forjando cada vez más reciamente su temple apostólico en el yunque de la abnegación; y, en los días de calma, entre las alambradas de los campamentos, reorganiza las escuelas de analfabetos y enseña a los soldados las primeras letras entre lecciones de doctrina.

Destinado al Batallón de Segorbe (26 de mayo de 1919), se presenta a la Plana Mayor, y noticioso de que gran parte de dicho Batallón se halla en campaña, ruega se le deje partir para el puesto de peligro, incorporándose a la posición avanzada de Yorda donde reanuda su apostolado pacífico especialmente en las escuelas de analfabetos. Con la Extrema Unción en bandolera y el Crucifijo sobre el pecho, marcha con las tropas camino de la lucha y otra vez aparece abnegado y apostólico en los combates de Alalex, Tenitex, Monte Cónico y ocupación del Fondak de Ain Yedida. Mas la rudeza del clima y de las campañas prolongadas han ido minando el vigor de su juventud y sintiéndolo en el alma y manifestando su pena—parte para el hospital y del hospital para la península donde logran reponerlos los asiduos cuidados de su buena madre. Ansioso de volver a sus queridas tropas llamado por una vocación irresistible, fué destinado (día 28 de agosto de 1920) al Regto. de Galicia, de guarnición en esta queridísima Ciudad de Jaca donde el cariño de sus numerosas amistades y los aires claros del país natal iban a realizar su completa reposición; mas, el 27 de enero siguiente, la Providencia decreta sea destinado al Regto. de Cazadores de Alcántara 14 de Caballería en cuyo glorioso historial se debía escribir la más hermosa página que puede escribirse de un sacerdote.

En los siguientes días probó toda la rudeza de la campaña; con una abnegación rayana en heroísmo, de que dan testimonio cuantos estuvieron a su lado, jefes y soldados—anduvo siempre entre las tropas y siempre en la vanguardia con la mano levantada para bendecir y absolver a los bravos jinetes que sucumbieran en las famosas cargas de Igueriben, Isumar, Dar Drius, Anzú, Sidi Midar... Llamado a la Plaza para reponerse en un momento de aparente pacificación, llegaban voces sobre poderosas insurrecciones y sobre inesperados desmanes; las noticias ni son precisas ni se confirman totalmente; pero nuestro Capellán, con una de esas rápidas intuiciones que tanto caracterizaban su personalidad, consciente de las exigencias de sus deberes sacerdotales, parte para el lugar de peligro. En la mitad del camino conoce que va seguramente hacia la muerte, pero más puede en su ánimo generoso, la voz de la caridad evangélica que la voz de la vida que reclama en plena juventud; encuentra al compañero Somoza maltrecho que retrocedía camino de la Plaza y allí, en un recodo de la ruta, a la sombra de unos espinos, nuestro Capellán confiesa por última vez y con una serenidad digna de los grandes varones apostólicos, se prepara para la muerte con un fervor santo y digno de envidia. No lleva otro bagaje que los Sagrados Oleos, el breviario y el pequeño Crucifijo que habrán de besar tantos moribundos... Y comienza el éxodo más

doloroso que recuerda nuestra historia; los caminos de Igueriben, Batel, Tistutin... hasta Monte-Arruit, señalan un largo calvario sembrado de víctimas fusiladas unas, otras horriblemente mutiladas, otras quemadas; leyendo las relaciones escritas por testigos presenciales, el horror de aquella retirada dolorosa estruja amargamente el corazón más duro y llena el pecho de indignación. Solo una voz de paz se oye en medio de aquel encarnizamiento; Cristo pasa entre los moribundos; Cristo cierra los ojos y sella los labios de aquellos pobres soldados; Cristo tiene palabras de vida eterna para los caídos; y Cristo obra por medio de nuestro Capellán D. José Campoy. No es extraño que los jefes y oficiales, que los prisioneros de Axdir, que cuantos fueron testigos presenciales de aquellos días de amargura, hablen como hablan de su Capellán de Alcántara que pasaba siempre haciendo bien, con la serenidad del verdadero hombre de Cristo. Así las cartas del General Navarro, así las deposiciones de los testigos, en el expediente para la otorgación de la laureada, las manifestaciones de la prensa de todos matices.

Para finalizar—ya que sigue largo en demasia este artículo—recojamos el testimonio elocuente del Teniente de Regulares D. Esteban Gilaberte: «Desde Dar Drius donde le saludé en la mañana del 23 de julio, mi querido Capellán no desatendió un solo momento su especial misión, y durante la retirada a Batel y Monte-Arruit, nadie pudo notar en él—que hubiera sido muy disculpable—ni aun la menor prueba de abatimiento y fatiga; era pues ejemplar sacerdote y militar. Joven y animoso, recorría muchas veces las enfermerías y barracones dando consuelo al abatido, esperanza al pesimista (durante el largo asedio de Monte-Arruit) auxilio espiritual a quienes lo habían de menester más urgentemente, pues en realidad todos lo necesitábamos en aquellas circunstancias; y bien lo comprendió el cuando, primero al Cuartel General y después a las tropas, les fué dando la absolución... por una justa concepción de la realidad; pues el trágico final del 9 de agosto estuvo a punto de ocurrir el día 2 en que los moros atacaron al campamento por todas partes... El día 9 se valieron de la traición y cuando después de capitulados y desarmados las cuatro quintas partes de la guarnición salía ésta del campamento conduciendo sus 402 heridos, fué arrollada la columna y asaltado el reducto por todas partes y entre aquella jauría de chacales, fieras sedientas de sangre, cayeron sacrificados al deber patrio y glorificados por el martirio cerca de 3.000 hombres, entre ellos como único representante del Sumo Hacedor cayó el virtuoso Capellán Campoy, dando ejemplo de valor y de santidad, ya que murió bendiciendo a sus hermanos, ocupando dignamente el puesto que le corresponde en nuestra Historia Militar, cuyas páginas al recoger con letras de oro los nombres de tantos héroes conocidos y anónimos, no podrán olvidar el de D. José Campoy Irigoyen... Con la misma unción recibió la confesión del valiente Teniente Coronel Primo de Rivera que la del humilde soldado que, con los miembros mutilados, agonizaba entre otros 20 o 30 más que, sin recursos médicos para su heridas, morían lentamente y hacinados en la enfermería, fueron sepultados entre los escombros del mismo local cañoneado desde menos de dos kilómetros de distancia... Estaba en todas partes y cumplió como bueno entre los mejores sin que jamás desfalleciera en su caritativa misión de consolar al triste, visitar a los heridos y confortar al moribundo...»

Con los heridos salió de la posición de Monte Arruit, después de absolver a toda la Tropa, en el momento de la evacuación; y junto a los más graves se encontró su cadáver. Fué un héroe y supo morir como un santo, en el cumplimiento de sus deberes sacerdotales.

Una de las escenas más interesantes del Evangelio de San Mateo es aquella del capítulo XXVI en que se manifiesta cómo juzgaron los discípulos del Señor aquella acción memorable de una mujer, vertiendo a los pies de Cristo un vaso de finísimo perfume que invadió toda la casa. No comprendiendo, de momento, el valor moral del rasgo de aquella mujer, «discipuli indignati sunt dicentes: Ut quid perditio haec?». Después—según la profecía de Cristo— aquel rasgo fué alabado en todo el mundo y lo será hasta la consumación de los siglos.

En presencia de estos miles de cadáveres de Batel, de Anual y sobre todo de Monte Arruit—¡Monte Arruit!— ¿no se ha dicho también, a la vista de tantos vasos frágiles de juventud quebrados por el patriotismo «por qué una tal pérdida?»

Solamente después de la primera explosión de dolor, cuando las lágrimas y la reflexión han purificado nuestro sentimiento, en las nuevas horas de calma y de los sentimientos juiciosos, apreciamos sobradamente el inmenso sacrificio y el perfume de aquellos «vasos frágiles de juventud» quebrados heroicamente al pie de la Bandera. En el doloroso montículo de Monte Arruit murió nuestro Capellán D. José Campoy Irigoyen; el perfume de su heroísmo sacerdotal inundó toda la campiña, atravesó el mar, llegó a nuestra tierra y a esta Jaca querida, la de los imborrables recuerdos familiares, la patria amadísima de nuestro héroe y todos los buenos hijos de Jaca saben cuál es su valoración.

Cuando se abran las páginas de la Historia de nuestras campañas, sentirán los hijos de nuestra España dolorida el perfume patriótico de nuestro Capellán Castrense; y cuando se abra la Historia de la Iglesia, también quedará indeleble el «bonus odor Christi» del mártir de Monte Arruit!

MIGUEL IRIGOYEN

TENIENTE VICARIO

Secretario del Vicariato General Castrense

EN MEMORIA DEL HEROE

En el homenaje que hoy se consagra a un benemérito compañero nuestro y a un jaqués bueno, no podemos menos de asociar todo el mejor cariño de nuestra voluntad y el entusiasmo nuestro.

Se trata de perpetuar un nombre que, esculpido en mármoles y forjado en bronce, hará conocer a las generaciones venideras que, de estas cumbres bañadas por caricias del cielo, de esta ciudad histórica e inmortal, por sus leyendas bizarras y creyentes, surgió, en el avanzar del siglo XX, un nuevo paladín, un nuevo campeón de sus bravuras recias y de sus temples de fé... que bastó, por sus solas gestas, a reembarazar blasones y virtudes y leyendas de la Ciudad invicta, noble y buena...

Que Jaca también se ha de asociar con todo su júbilo de matrona y con toda su tristeza de madre, estoy seguro. Será para testimoniar públicamente que los hijos que, con sus virtudes y con sus heroísmos, saben enaltecerla y encumbrarla, son hijos predilectos de su alma, que los quiere con amores nuevos, que los desea, que los apetece.

Será, para hacer público que, en el corazón jaqués, aunque sea de madre—si bien en ellos viva y egoísta y a la vez generoso el inmortal amor—también vive y aletea en él, siempre, el cariño a la Patria, el amor al Santo Crucifijo, que crea valientes y hace santos... Será... para no desmentir que, en estas cumbres de Aragón, cumbres de gloria y de mar-

tirio, cúspides de realeza secular, panteón de Cruzados y de Reyes, semillero de bravos... se sienten, sí, los dolores que laceran las almas y sangrar hacen al corazón, pero sobre todas las lacerías, y más que todas las amarguras, se acarician y se ensueñan y se sienten como suyas, las glorias y laureles de sus hijos, sus trofeos, sus virtudes.

Que la vida es nada, cuando la gloria es mucha.

Y más se siente así, cuando esas glorias han de nimbear el escudo de España.

D. José María Campoy Irigoyen, Capellán del Ejército es ese hijo bueno quien, con sus virtudes y sus heroísmos, dió gloria a España e hizo inmortal, a la vez, el nombre de su amada Jaca.

Él es el campeón, el nuevo paladín que de estas breñas y de este hogar sacó la reciedumbre de su espíritu que se osten-

tó—tal cual era—en la épica y cruentísima epopeya de Monte Arruit y sus llanadas... José María Campoy es el hermano glorioso, el hijo esclarecido a quien Jaca y sus hijos le van a tributar, en el día de hoy, el homenaje póstumo que aquel tan brillantemente ganara, al ofrendar su vida, porque quiso por la Patria amenazada y por sus hermanos en peligro.

La ofrenda, si efectivamente es de cariños cordiales y de afectos del alma, es más que nada tributo de admiraciones y de justicia, en memoria de un soldado eminente y valeroso y de un Sacerdote ejemplar.

La historia de sus hechos que solo con cálamo de oro merecen escribirse llenarían páginas hermosas en el libro de la Patria y en el libro de los pueblos. En el breviario del apostolado de los ministros de Cristo, su figura tiene relieves de verdadera santidad. Que Dios Nuestro

Señor le haya premiado, como cabe confiar, de sus misericordias y justicias.

Y que la Patria también, en día no lejano, salde con él, la deuda que con su arrojo y sus virtudes y sus heroísmos ganó, luchando por la Patria, y trabajando por la gloria de Dios, y por la libertad de la gracia de las almas redimidas por Jesús.

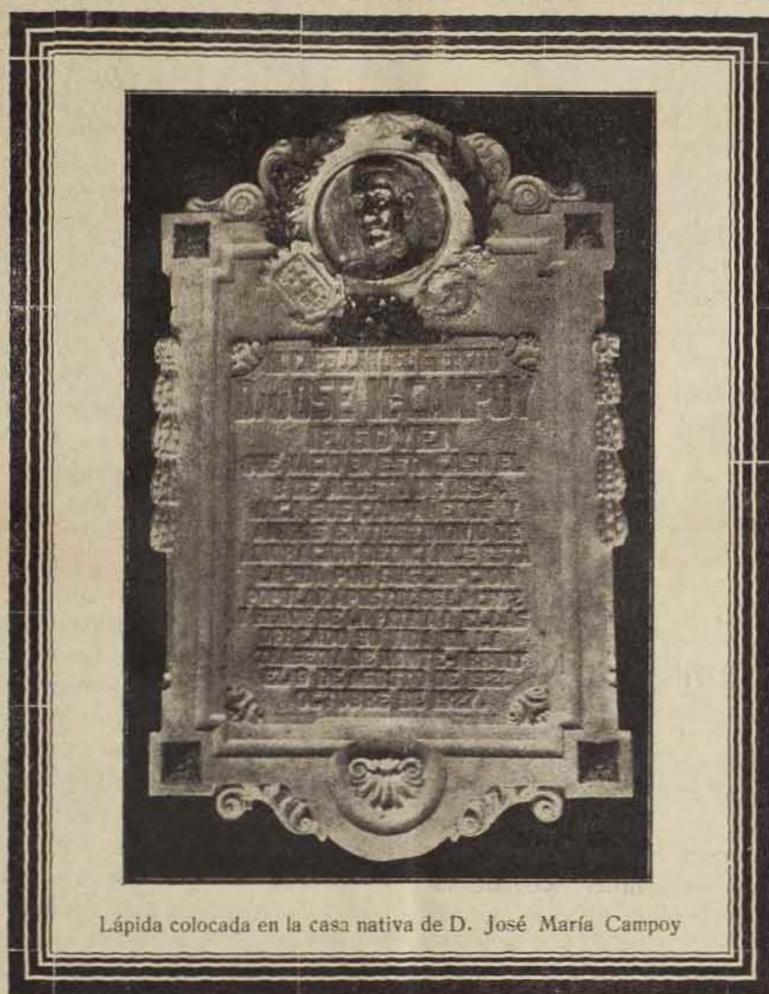
La Ciudad, tan querida por él y sus compañeros, hoy le rendirán homenaje de admiración y pleitesía de devociones.

En mi oración-enternecida de Sacerdote y compañero bueno, yo pido a Dios en este día, que su ejemplo vigoroso y de virtudes sea la ruta siempre de sus hermanos de Patria y cuna y de nosotros sus compañeros, para honor de la Patria y para gloria de Dios.

ANTONINO ARNAL.

Capellán del Ejército.

Jaca Octubre 1927.



Lápida colocada en la casa nativa de D. José María Campoy

Digno epílogo y justa recompensa

Corre triunfante en estos momentos el nombre de Jaca, aventado de una a otra parte por los vientos de su cultura y de su hospitalidad características; mas esto con ser mucho no revela íntegramente su mérito y su carácter. En el verdadero progreso de los pueblos, sobre la cultura, hospitalidad y demás virtudes, debe destacarse la que es base y directriz de las demás, la justicia, de la cual con razón se ha dicho que «encumbra a las naciones» y Jaca que con admirable paralelismo avanza en todas las manifestaciones del progreso, no podía prescindir del espíritu de justicia que por otra parte constituyó, a través de los siglos, una de las facetas más brillantes de su idiosincrasia.

Por esto, a la brillantísima jornada veraniega del año actual no ha podido colocar más brillante colofón que un acto resonante de aquella básica virtud, homenajeando con toda solemnidad y con efusión de madre la memoria de uno de

sus hijos más preclaros, D. José María Campoy é Irigoyen, cuya muerte tras de una vida breve en tiempo, pero larga en méritos y virtudes, pasará a los fastos de la historia patria como ejemplar inmaculado de celo sacerdotal, de caridad heroica y del más acendrado patriotismo.

Es admirable y emocionante el relato que de su conducta nos ofrecen cuantos sobrevivieron aquella horrible tragedia de Monte-Arruit, en que este insigne jacetano y heroico Capellán del Ejército derramó generoso su sangre, en aras de la Patria y de la fé.

En medio de aquel núcleo de valientes y sufridos hijos de España fué como ángel tutelar, como espíritu consolador, como confortador enviado por Dios a aquellos infortunados españoles en tales momentos aciagos en que, como víctimas propiciatorias, habían de apurar, hasta las heces, la expiación de tantos y tantos horrores y pecados cometidos, sobre todo en los últimos tiempos, por la Nación Española.

El, con su talento privilegiado, presintió desde los primeros momentos en Melilla, donde oficialmente se encontraba, la hecatombe que se avecinaba; pero lejos de arredrarse, apenas tuvo noticia de

que los soldados del Regimiento de Alcántara 14.º de Caballería, sus feligreses, corrían como tantos otros gravísimos peligros, marchó presuroso a su lado y, percatado del ministerio a que providencialmente se le llamaba no se preocupó ya sino de servir a Dios como fidelísimo ministro, de servir a España como soldado ejemplar y de servir, como hermano amantísimo, a sus compañeros de infortunio.

Se preparó para tan sublime empresa con una santa confesión que, en pleno campo hizo, aprovechando el encuentro de un compañero y firme con la firmeza que presta la fé y el concepto exaltado del deber, en medio del huracán de las más terribles amenazas ni se contagió de inconfesables cobardías, ni se dejó llevar de las corrientes de la confusión y del desorden, ni se guió por prudentes consejos de mal entendido patriotismo, sino que se consagró por entero a la porción selecta de soldados españoles, que, refugiados en el tristemente célebre campamento de Monte-Arruit se sentían dispuestos a sacrificarlo todo antes de manchar, con su defección, el honor inmaculable de la bandera española; y cuando el fuego mortífero de la fusilería rifeña y los disparos de sus cañones mutilaban los miembros y tronchaban los cuerpos de aquellos desgraciados refugiados y sembraban la muerte por todos los ámbitos del campamento; cuando el hambre y la sed se cebaron en todos ellos hasta enloquecerlos, cuando, agotadas sus escasas municiones y alejada la esperanza del socorro cerníase sobre sus corazones la nube negra de la desesperación y de la muerte, multiplicóse por todas partes la figura excelsa del héroe Capellán jacetano de tal suerte, que ninguno de sus encomendados desde el más humilde soldado hasta el General se vió privado de sus alientos, de sus socorros, de sus oraciones y de sus sufragos, pues tan pronto cruzaba los parapetos para animar a los defensores del honor de España y brindar su brazo paternal a los que heridos, eran retirados de la lucha, como acudía a las tiendas de campaña para derramar compasivo sobre el corazón de los que sufrían el bálsamo de sus consuelos, haciendo especialísimo objeto de sus afanes y desvelos a los moribundos y cuidando con suma reverencia de los cadáveres hasta darles cristiana sepultura; y lo verdaderamente admirable es que llevó a cabo este cúmulo de heroicidades y proezas sin descansar ni durante el día ni durante la noche en el transcurso interminable del asedio y además atezado como los demás por las garras del hambre y de la sed y enfermo de gravedad. ¡Ah! pero era tan bueno, tan patriota, tan celoso Capellán, que, sobreponiéndose a todas las calamidades que inundaron su cuerpo y su alma y dejándose llevar de su celo sacerdotal, de su

amor a la Patria y de su caridad inagotable llegó hasta la cumbre del heroísmo y de la santidad, pues si algún paso faltaba en su carrera, a última hora, cuando las hordas de los bárbaros rifeños como rabiosos chacales cayeron sobre nuestros indefensos soldados y éstos, inermes, enfermos, mutilados y maltrechos salían del campamento, en medio de ellos, consolándoles en su infortunio, ayudándoles en su desvalimiento, inculcándoles el amor a España, abriendo sus corazones a las eternas esperanzas de los que se sacrifican justamente por la Patria y absolviéndoles de sus pecados, para honor de la ciudad que lo vio nacer, para prestigio del Cuerpo Eclesiástico del Ejército, para gloria de España y orgullo de su distinguidísima familia, ofreció generosamente su pecho a la bala criminal del enemigo y allí sucumbió revuelto entre los demás compañeros, cerrando con este broche inapreciable aquella su vida de acrisolada santidad y no superado patriotismo.

Sus restos mortales venerandos, que fueron en tiempo de la reconquista cuidadosamente recogidos por sus familiares, guardáanse hoy en el cementerio católico de Melilla, que se honra con su custodia.

Su nombre fué, es y será bendecido por cuantos, en aquellas tristísimas circunstancias, tuvieron la dicha de recibir sus santos servicios.

Su actuación, consignada con letras de oro en las páginas de nuestra historia, será siempre fuente viva y abundante de las virtudes en que deben inspirarse sus compañeros los Capellanes del Ejército y los Sacerdotes en general.

La Ciudad de Jaca, culta y hospitalaria pero también justiciera, ofrecerá a las generaciones presentes y venideras, con maternal efusión una de sus más amplias calles, dedicadas a la memoria de su hijo preclaro, para que propios y extraños, al pasar por ella le admiren y su recuerdo sea escuela perenne de patriotismo y de religiosidad; y extraoficialmente el pueblo jacetano, sus compañeros los Capellanes castrenses y amigos darán testimonio de su admiración y cariño al caballero sin tacha, al patriota benemérito, al sacerdote modelo, al Capellán heroico, al mártir de la religión y de la Patria, plasmando sus sentimientos en espléndida y artística lápida que honrará para siempre la fachada de la ya por tantos títulos honorable casa jacetana donde nació.

Y con todo esto, unos y otros, lograremos la satisfacción de haberle pagado una deuda sagrada y la ciudad de Jaca juntamente con su cultura y espíritu hospitalario, de que recientemente ha dado elocuentísimas pruebas, demostrará una vez más para su máximo ennoblecimiento cómo no olvida y por el contrario se complace en agradecer y recompensar los servicios y los méritos relevantes de los hijos que la honran y engrandecen.

DOMINGO BORRUEL,
Capellán 1.º del Ejército



Se interesa a los individuos hijos de Jaca o alistados en este Ayuntamiento que hayan servido en Africa desde el año 1909, pasen por la secretaria municipal para recoger la tarjeta de asistencia al banquete que en celebración de la fiesta de la paz y en honor al Ejército tendrá lugar el día 12, organizado por el Ayuntamiento.

Grafitud

Reconocimiento y gratitud nuestra al Excelentísimo Ayuntamiento de Jaca que se dignó perpetuar, dándole el nombre de una calle, a nuestro excelso compañero. Gratitud a sus discípulos y amigos, a nuestros compañeros queridísimos del Cuerpo Eclesiástico Castrense que han cooperado con su óbolo generoso y con sus entusiasmos traducidos en expresivas y elocuentes cartas de admiración y de afecto, en memoria del malogrado amigo.

Gratitud, sin límites a toda la ciudad de Jaca que gustosa, espontánea, se ha sumado a la suscripción popular con que costear la hermosa y artística lápida que, desde esta tarde, campeará en la casa en que nació don José María Campoy Irigoyen (q. e. p. d.) para homenaje perpetuo a sus virtudes eminentes y a sus geniales heroísmos.

En esta exteriorización de sentimientos cordiales y gratos, reciban también la expresión de nuestra gratitud las dignísimas Autoridades, superiores jerárquicos, compañeros distinguidos y amigos respetables y dilectos que nos ofrendaron las galas de sus plumas, para abrillantar este número, honrando al héroe y al Sacerdote y honrándose a sí mismos. A todos nuestra gratitud filial, nuestro reconocimiento eterno.

Y a LA UNION y a su Director, nuestro distinguido amigo, D. Fausto Abad, fervoroso agradecimiento que nos obliga

A. A.

A la memoria de mi amigo José María

Compañero de la infancia y discípulo en su brillante carrera yo advertí con admiración cómo crecían y se desarrollaban en aquel espíritu delicado, a una con sus extraordinarias facultades intelectuales, las virtudes morales que constituyen el nervio y como el carácter de familia de tan distinguida y ennoblecida estirpe tanto que cuando en aquellos aciagos días del tenebroso desastre del 21, compartíamos en Madrid su amigo del alma Agustín Ibañez y el que esto escribe, con su angustiada familia los horrores de la incertidumbre sobre su aciago destino; apesar de la tarjeta que escrita por él en Melilla traía a su madre dolorida bálsamo de esperanza; todos los que le conocíamos tuvimos visión clara de la realidad y le vimos caminando valeroso e imperturbable en alas del más elevado celo, y del más sublime y patriótico heroísmo, a escribir en Monte Arruit, aquella página gloriosa, digna sublima-

ción del sacerdote cristiano y del caballero español. Si por razones que no es del caso discutir no ha recibido actuación tan heroica el premio que acaso mereciera, no por eso será su memoria menos venerada y menos elogiada su conducta por cuantos le conocíamos y admiramos. Fruto de esta admiración y cariño surge el sencillo pero sentido homenaje que este pueblo de Jaca, fiel a sus venerandas tradiciones de honrar a sus héroes beneméritos, mártires de la patria y víctimas del deber, dedica a la memoria de su ilustre hijo mi amigo querido y honroso compañero D. José María Campoy. Yo por motivos verdaderamente cordiales me asocio de todas veras a dicho homenaje y me complazco en testimoniar públicamente el sentimiento de la más profunda veneración al que fué mi amigo entrañable y admirado discípulo.

LEONCIO MARTÍNEZ
Capellán del Ejército

A LA CIUDAD DE JACA

INVITACION

A las cuatro de esta tarde, Domingo, tendrá lugar con asistencia de todas las Autoridades, invitadas por el Excelentísimo Ayuntamiento de esta noble ciudad, el acto de descubrir las dos lápidas; la que rotulará el nombre de una calle con el nombre de D. José María Campoy y la que ha de perpetuar, por años y centurias la gesta briosa e inmortal de un jaqués esclarecido, hermano nuestro, de nuestra estirpe, de nuestra sangre, de nuestra brava, creyente y vigorosa raza.

A toda la ciudad invitamos para que se digne asociar en esa manifestación cívica que es encuesta de honor y de amor y de justicia, por un hijo meritisimo, por un Sacerdote cumbre que nos labró timbres espirituales y ganó lustres nuevos que añadir al abrillatado escudo jaqués.

A las madres invitamos para que se estimulen, aún más, inculcando y enseñando virtudes y valores a sus hijos. A los hijos todos de esta ciudad, jóvenes y viejos, por tratarse de enaltecer la memoria gloriosa de un jaqués. A los Sacerdotes, para que desgranen su oración ungida ante un nombre bendito que esculpido se hallará en bronce pregoneros de sus egregias virtudes. Invitamos a los obreros para que vean representado, en ese Sacerdote, al padre amantísimo que supo auxiliar y querer y consolar a aquellos pobrecitos soldados sin padre que en las tierras inhóspitas sucumbían. Invitamos a todos los escolares, a todos los niños para que graben en sus virgenes inteligencias este acto tan brillante y tan sublime.

Y en esta invitación de cariño, sea ella también para todos los dignísimos Jefes

y señores Oficiales de todas las Armas y Cuerpos, que conocen en todo su valor el sacrificio, el altruismo y la generosidad de aquellos mártires inmolados en aciagos días, y que tanto admiraron y admiran sus proezas, y las proezas de valor y de virtud de aquel eximio Sacerdote.

Todos tienen su puesto: el pueblo entero jaqués que tan bueno es y tan justo y tan digno supo ser siempre; los amigos, los compañeros, todos: que todos tenemos deber de exteriorizar nuestras admiraciones y de honrar a los valientes y a los nuestros.

Así lo espera de este nobilísimo pueblo, esta tarde.

La Comisión organizadora.

Programa de actos

Reunidos en la Casa Consistorial las Autoridades, comisiones y diversas representaciones a las 4 de la tarde de hoy domingo, acompañadas del pueblo y precedidas por una banda militar, marcharán hacia la calle Ancha de Santo Domingo, cuya calle se dedica a la memoria de Don José María Campoy Irigoyen (q. e. p. d.).

2.º Al llegar al citado lugar, dirigirá la palabra de agradecimiento al Ayuntamiento y pueblo, el Capellán 1.º del Ejército Don Domingo Borruel Ccarasa.

3.º El Excmo. Sr. Alcalde de la Ciudad Don Francisco García Aioar, pronunciará un discurso y recorrerá la cortina que cubrirá la placa que da nombre a la calle.

Acto seguido, las mismas Autoridades, comisiones representaciones etc. y el pueblo, precedidos también por la banda militar, se dirigirán a la calle Mayor n.º 46 donde se halla colocada la lápida costeada por suscripción popular.

Pronunciará un discurso, en representación de todo el Clero Castrense, el M. I. Sr. Teniente Vicario General Castrense de la 5.ª Región Don José Alonso Alonso.

Dirigirá la palabra en nombre de la Ciudad, el Excmo. Sr. Alcalde Don Francisco García.

4.º En representación del Ejército, el Excmo. Sr. General Gobernador Militar de la Plaza, Don Fernando de Urruela, pronunciará un discurso y recorrerá la cortina, dando por terminado el acto.

LUNES DIA 10

A las diez y cuarto de la mañana y en la Iglesia de Santo Domingo tendrá lugar solemne funeral en sufragio del alma de D. José María Campoy Irigoyen, Capellán del Ejército, (q. e. p. d.).

Asistirán las Autoridades y diversas representaciones de Cuerpos, Centros docentes y Asociaciones religiosas.

Se cantará la misa de Haller y responso de Perosi a toda orquesta por la Capilla de la Santa Iglesia Catedral. Oficiará el M. I. Sr. Teniente Vicario General Castrense de la 5.ª Región, D. José Alonso y Alonso.

Predicará la oración fúnebre D. Antonino Arnal Brusau, Capellán del Ejército.

Se suplica la asistencia.

Tip. Vda. de R. Abad, Mayor, 32—Jaca.

IMPRENTA LIBRERIA PAPELERIA

VIUDA DE R. ABA D

MAYOR, 32.--JACA